

Muros y menhires

Alejandro de la Cruz (1959) y Federico Coscio (1972) exponen en el Centro Cultural Recoleta, Junín 1930. Las obras realizadas por estos jóvenes artistas, instaladas en un amplio espacio, sala 10 de este centro, muestran una vez más las diferencias conceptuales y estéticas de las jóvenes generaciones en la búsqueda de una experiencia sustancial en torno de la expresión artística. Así notamos una marcada elección hacia un regionalismo que, sin llegar a describir folclóricamente un fenómeno cultural, define un horizonte demarcado con un pensamiento que habla de un pasado histórico cuya supervivencia aún existe en gran parte de las poblaciones rurales y urbanas de nuestro país.

En el Noroeste, Salta, Vaqueros, es donde Alejandro de la Cruz vive y trabaja. De ahí ha tomado la materia básica de sus esculturas: ciprés, palo santo, palo blanco, mora, y las piedras calizas de distintas cromaticidades, esculpidas a modo de menhires en un retorno a las energías ancestrales, con el deseo de hallar en la tierra y el cielo los fundamentos de una nueva era. La madera, la piedra, el fuego y el agua son los ejes fundamentales de su cosmogonía. Las tallas erguidas poseen la idea de centralizar una acción ritual en torno del fuego encendido en un mortero de piedra, rodeado de tres piedras talladas (triángulo) que alude al espíritu. Dientes triangulares como crestas señalan la presencia del felino, adorado en estas culturas.

Federico Coscio, pintor, toma como referente de su pintura a los muros incaicos, estos sillares que forman parte de los paramentos arquitectónicos de esta cultura, son encuadrados como fragmentos. Las uniones de estas piedras indican un sistema racionalmente estudiado para protegerse de la acción sísmica. El artista recupera esa visión y tradición, junto a la noción pictórica europea, conjugando un mestizaje y una visión única. Ambos artistas han escrito principios e intenciones en torno a estos trabajos.

Rosa Faccaro